1
232718

La Novela Exquisita

60 cts.




BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

# MARIQUITA CAUTIVA DE LOS MOROS

NOVELA POR EDUARDO CORBIN

1
232718

BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

# MARIQUITA, CAUTIVA DE LOS MOROS

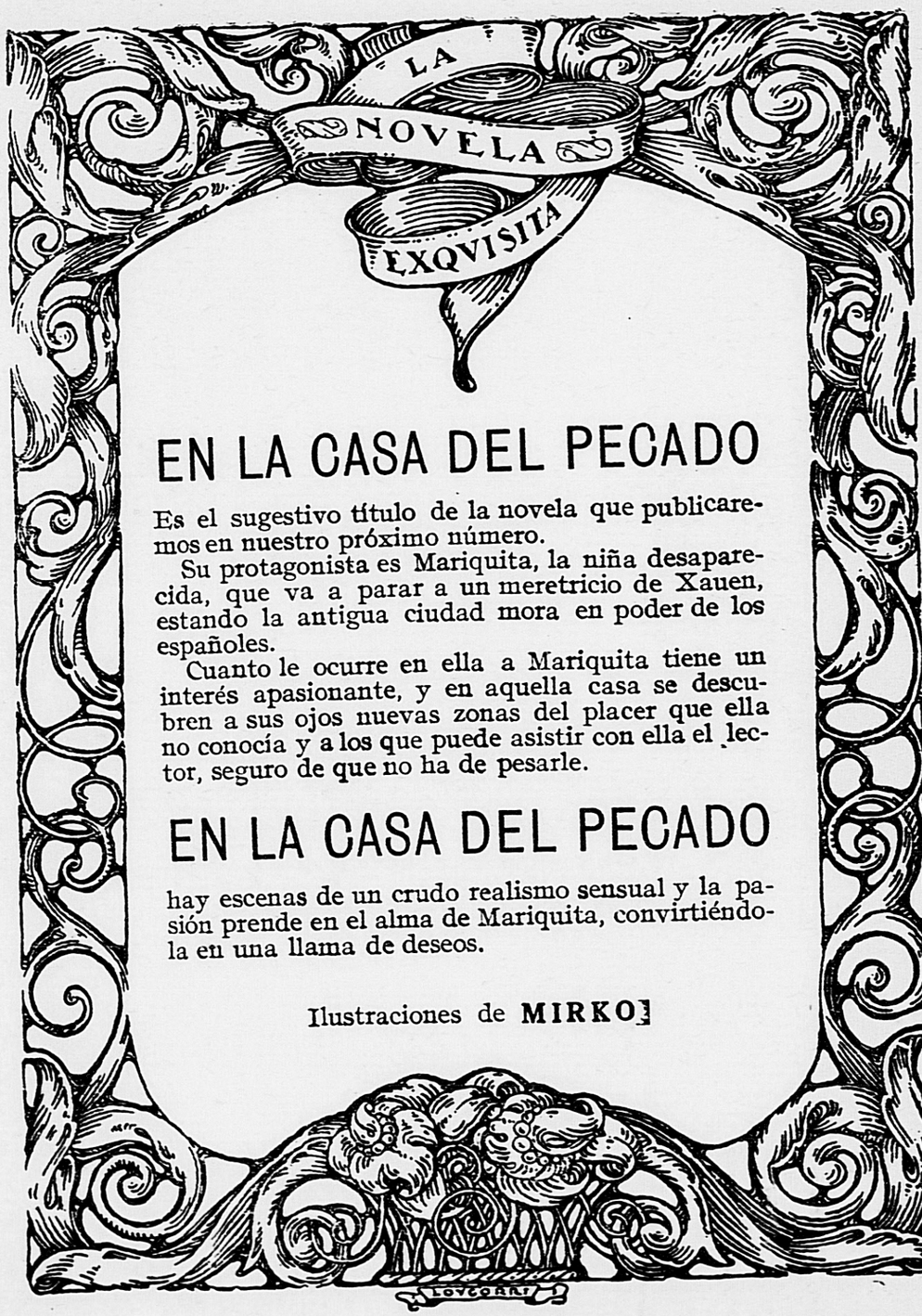
47/15056M

:: Administración ::

Alcalá, 177; Madrid




R. 322.912




# EN LA CASA DEL PECADO

Es el sugestivo título de la novela que publicaremos en nuestro próximo número.

Su protagonista es Mariquita, la niña desaparecida, que va a parar a un meretricio de Xauen, estando la antigua ciudad mora en poder de los españoles.

Cuanto le ocurre en ella a Mariquita tiene un interés apasionante, y en aquella casa se descubren a sus ojos nuevas zonas del placer que ella no conocía y a los que puede asistir con ella el lector, seguro de que no ha de pesarle.

## EN LA CASA DEL PECADO

hay escenas de un crudo realismo sensual y la pasión prende en el alma de Mariquita, convirtiéndola en una llama de deseos.

Ilustraciones de **MIRKO**

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

A pesar del regalo, el mimo y las comodidades de que el marqués de Serralúa rodeaba a Mariquita, ésta se aburría.

La verdad es que era monótona su existencia en el palacio moro. A veces se creía una reina, pero más frecuentemente se creía una prisionera.

El marqués la había encerrado allí para gozar de su amor, o, mejor dicho, de sus encantos de adolescente, en la soledad y el misterio. Nadie había descubierto, ni podía descubrir, en aquel laberíntico y hermético barrio de la morería de Tánger, a la niña desaparecida de Madrid, que él había iniciado en el gran misterio sexual un poco prematuramente.

Y pasaban los días...

Pero así como no llegó hasta allí la Policía a apartarla de sus brazos, se filtró por los altos muros del palacio, abiertos sólo al azul del cielo, un enemigo peor de Serralúa, porque se iba apoderando del espíritu de Mariquita: el fastidio.

En un principio todo era para ella motivo de distracción. Pero, en fuerza de ver todos los días las mismas cosas y no poder salir de los mismos sitios, empezó a hacérsele aborrecible la estancia en el palacio moro.

Envidiaba la suerte de la criadita negra, que iba a la ca-

lle a hacer recados, y de no estar tan estrechamente vigilada, alguna vez hubiese buscado su complicidad para salir con ella.

Con frecuencia huía, corriendo de las habitaciones hacia el patio, en busca de espacio libre; pero allí también encontraba la limitación de las paredes, y sus ojos se levantaban melancólicamente hacia el cielo, allá arriba, por donde cruzaban, en libertad, las nubes, los aeroplanos y los pájaros.

Tenía que resignarse a no poder salir de allí, a dar vueltas por la casa, como los peces en el estanque del patio, cuyos graciosos juegos de movimientos eran para Mariquita frecuentes motivos de distracción.

Este estado de espíritu vino a agravarse porque el marqués caía con frecuencia en largas postraciones, producidas por los arrebatos de su pasión senil. Ocurrió que cuando la adolescente empezaba a sentir en su carne los primeros estremecimientos del placer, después de un aprendizaje de dolor, Serralúa ya no vibraba con aquella ansia de posesión que le hacía estrujarla entre sus brazos.

Esto aumentaba el aburrimiento de Mariquita, que se iniciaba mujer con ardoroso ímpetu. En los varios meses que llevaba viviendo en Tánger poco había cambiado en sus líneas exteriores, pero en su interior se había operado un cambio profundísimo. Ya no tenía aquella expresión ingenua de la niña que se deja llevar de la mano a través de las mil y una maravillas incomprendidas del mundo. Había abierto sus grandes ojos ante el misterio sexual, y él le había dado la clave de cuanto le ocurría. Había adquirido la conciencia de lo que era y de lo que significaba para el marqués. Por eso sus ojos, que antes le miraban con expresión candorosa, ahora se fijaban en él con un centelleo de picardía.

Cansada de aquel encierro, Mariquita empezó a demostrar su hostilidad al marqués para que la dejara salir, o la llevase con él. Serralúa se mostró en un principio irreductible, y reconvino a la muchacha para que apartara de su mente aquella idea.

Y no la hubiese dejado salir nunca, a no ser porque la insistencia de Mariquita hizo que acudiese a su imaginación la idea de una Mariquita vista en las calles de Tánger. Esto avivó la brasa lujuriosa de su cerebro. Achacó su inapetencia carnal, aquel no poder gozar de los encantos de la adolescente, a la falta de perspectiva, a ver siempre lo mismo a Mariquita, y tenerla siempre al alcance de su mano dentro de las paredes del palacio. Se la imaginó andando libremente por las calles de Tánger, destacándose entre las gentes, con riesgo de perderla..

Aquella idea se le ofrecía a modo de excitante, y se frotaba las manos, prometiéndose una nueva etapa de delicias. La idea sola le rejuvenecía, y se dijera que encendía en su sangre un vigor nuevo.

Desde el primer momento decidió Serralúa que no saldría con él. Lo hacía por no comprometerse; pero era tan vaga la posibilidad de un peligro, que aquel temor no era más que un sentimiento falso, con el que quería encubrir su verdadero propósito, que no era otro que el de gozar de Mariquita como espectáculo callejero, a distancia. Volvía a

su mente la imagen de la muchacha que vió por vez primera en un apartado barrio de Madrid, que le turbara tan profundamente y por la cual había sentido un deseo avasallador. Sentía la nostalgia de aquel deseo, y por eso quería volverse a encontrar con la Mariquita de los primeros tiempos.

Dispuso que saldría con la criadita negra. Sus otras servidoras tenían un aire de proxenetas que le hacía desconfiar de ellas. La muchacha le agradeció el que eligiese la negrita para que la acompañara, porque hacían muy buenas migas. Era joven, aunque no tanto como ella; tenían las dos aún gustos de niña y constantemente estaban jugando juntas.

Mariquita, que desde hacía algún tiempo se mostraba esquiva a las caricias del marqués, y con frecuencia se burlaba de él, que se desesperaba porque no podía gozar de las caricias, cuando supo que le iba a ser permitido el salir a la calle, se sintió infantilmente alegre y pagó en cariño la liberalidad de su viejo amante. Pero aquella noche, al revés que en las otras, Serralúa no la asedió con sus caricias estériles, sino que la apartó de él, y había en su actitud cierta alegría, como de hombre que se las promete muy felices, y hasta parecía algo rejuvenecido. Ella lo miraba un poco extrañada, con un gesto de picardía y de sorpresa, acostumbrada a verle en los últimos tiempos, después de inútiles esfuerzos por poseerla, retirarse vencido, en una actitud de abatimiento y dolor que lo presentaba a sus ojos más viejo y decrépito aún de lo que era.

* * *

Después de varios meses de encierro era la primera vez que Mariquita se vestía para ir a la calle.

El marqués había querido que se vistiera de modo que pareciese más niña aún de lo que era. Deseaba apartar así de la mente de cuantos la mirasen toda idea de mujer.

Mariquita fué la primer sorprendida al contemplarse ataviada en el espejo: zapatitos de tacón bajo, falda hasta las rodillas, brazos descotados, y cubriendo su melenita un gracioso sombrero de paja. Ella, por dentro, se veía muy distinta a lo que era cuando llegó a aquella casa, a aquel palacio moro, que tenía algo de palacio encantado. Y le extrañaba que el espejo le devolviese la imagen de una Mariquita tan idéntica a la que contempló en el espejo de casa de doña Sara, antes de salir de Madrid.

Serralúa se le acercó. Vestía *pyjama* de seda y no parecía dispuesto a salir. No quería que la muchacha sospechase que él iba a seguirla, porque eso la haría ir preocupada y embarazaría todos sus actos. El marqués parecía muy satisfecho de haber accedido al deseo de Mariquita.

—¿Estás contenta?

—Sí.

—Que seas juiciosa, ¿eh?

Y con su mano en la cintura de la muchacha, acariciando la carne a la que se plegaba la muselina del traje, la acompañó hasta la puerta. La dió algún dinero para que comprase lo que se le antojara; hizo las últimas recomendaciones a la criadita negra que la acompañaba, a la que de an-

temano había instruído bien, para que supiera por dónde tenía que llevarla.

La luz cruda de la calle, quebrándose en la seda de las medias de Mariquita, parecía iluminar sus piernas, descubiertas hasta las rodillas, gordezuelas, rectas. Fueron como dos imanes para los ojos de Serralúa, que se encendieron de deseo. Cerró la puerta. Y presuroso, jadeante, entró a vestirse.

Al respirar el aire libre y ver el cielo inmenso que se abría sobre la ciudad y que podía abarcar con su mirada; al contemplar el espectáculo de las calles, por las que podía andar libremente, el alma de Mariquita se llenó de alegría, y de buena gana hubiese corrido y cantado, como pájaro al que han abierto la puerta de la jaula y se lanza al espacio, embriagado de libertad.

Pero junto a este sentimiento alegre y saltarín había nacido en la niña raptada tan subrepticiamiente por el marqués otro sentimiento de curiosidad, que no había conocido hasta que le fué revelado el misterio sexual.

Así, en tanto la alegría bailaba y cantaba en su alma adolescente, sus ojos se abrían, enormes, interrogantes, para mirar todas las cosas.

La negrita la llevó por calles animadas de las gentes más diversas y raras; compraron algunas chucherías en las tiendecitas de los indios; se detuvieron en muchos escaparates...

En una plaza, un vendedor de helados ambulante, con su carrito, trajo repentinamente a su imaginación el recuerdo de Madrid, donde había nacido y donde se había criado; y especialmente el recuerdo de su barrio, con la gran avenida cercana, donde se ponía la verbena. Los típicos carritos de los ambulantes vendedores de helados se asociaban en su memoria a los recuerdos de la verbena. Tal vez porque las verbenas y los helados hacían su aparición al mismo tiempo en el barrio, a la entrada del verano.

Y despertaban en ella viejos deseos pueriles, muchas veces insatisfechos. Recordó su casa pobre, sus padres, sus hermanitos... Y se recordó a ella misma, con su trajecito de percal descolorido y sus medias de algodón, parada ante el carrito del vendedor de helados, envidiosa de los chicos que tenían diez céntimos para pagarse el capricho de un sorbete.

En el zoco, lleno de vendedores ambulantes, de charlatanes, de tipos raros y curiosos, pasó Mariquita con la criada negra junto al carrito del vendedor de helados. Lo miró con sus grandes ojos, llenos de deseos. Hacía calor, había andado bastante y tenía sed. Sintió la boca seca. Y como tenía dinero para satisfacer todos sus gustos, volvió atrás con la negrita. A punto estuvo de descubrir al marqués, que la seguía, y que apenas tuvo tiempo de esconderse rápidamente tras una columna.

Mariquita llevaba dinero de sobra para haber tomado en la terraza de un café de lujo lo que hubiese querido; pero no en balde era una niña, y hasta entonces una niña pobre, y aquello había sido un lujo apetecido en su niñez humilde.

A cambio de unas monedas de cobre, el vendedor ambulante de helados dió a la muchacha y a la criadita negra que



la acompañaba sendos barquillos llenos de mantecado. ¡Y con qué delectación se lo sorbió Mariquita!...

Serralúa, asomado por detrás de la columna donde se refugiara y pasando inadvertido entre la multitud de gentes que se aposentaban o pasaban por allí, la observaba con delectación, sorbiéndola con los ojos, como ella se sorbía el helado.

La muchacha chupaba el barquillo relleno con voluptuosidad, como un frígido caramelo. Y se veía a su lengüecita roja picotear dentro, como la de un perrillo cuando bebe.

De pronto la sobresaltó la voz del marqués, que decía detrás de ella:

—¡Qué delicia!...

Se volvió sorprendida, encontrándose con los ojos de Serralúa, que la miraban obstinadamente con una mirada de fuego, doble llama que la envolvía toda entera.

—¿Tú aquí?—le dijo Mariquita, mirándole con extrañeza, con una mirada de reproche. Se veía que la molestaba que hubiese sido testigo de aquel acto, al cual se había entregado con tanta ingenuidad.

—¿No quieres que te acompañe?—la preguntó el marqués.

Y la criadita negra, cumpliendo las órdenes de su señor, cogió el brazo de Mariquita y la apartó, diciendo:

—Déjenos usted en paz.

—Sí, sí, eso es. Que nos deje en paz—repitió la muchacha infantilmente.

Echaron a andar, apretando el paso. Nada le hubiese

costado al marqués alcanzarlas y caminar a su lado, pero las siguió a distancia, como quien va persiguiéndolas. De vez en cuando se les acercaba, pero entonces ellas, con una carrerita, volvían a apartarse.

Aquel juego divertía a Mariquita, y estaba muy lejos de sospechar que era un juego inventado por el viejo sátiro como un excitante para su cansada virilidad.

Al llegar al palacio se adelantó a ellas y abrió la puerta, temblorosa, atropelladamente.

Una vez dentro, se precipitó, con Mariquita en los brazos, hacia la alcoba. Y volvió a sentir la adolescente, sobre sus carnecitas róseas y lácteas, las caricias violentas de los primeros días, pero que ahora ya no le hacían daño.

* * *

Varias veces repitió el marqués aquel juego. Pero Mariquita no tardó en darse cuenta de que su libertad estaba condicionada, y sus salidas con la criadita negra acabaron por perder su encanto, porque se sabía seguida y perseguida por Serralúa, y a cada momento esperaba que se les acercase.

Hubiese querido ser ella la guía en sus paseos, para ir por sitios insospechados y despistar a su celoso guardián; pero, aunque llegó a conocer las calles más importantes y las plazas, no tenía más remedio que dejarse guiar por la negrita para no perderse en el laberinto de las callejuelas del barrio de la Morería.

La molestaba también profundamente el que el marqués se empeñara en seguir vistiéndola de niña. Iba a cumplir los catorce años, y ella tenía ya gustos de mujer, y, más que gustos, pretensiones de mujer.

Se daba cabal cuenta de las miradas de los hombres a sus piernas, a la redondez de sus caderas y a la flexibilidad de su cuerpo, más ondulante de lo que es natural en una niña; pero se daba cuenta también de cómo los hombres procuraban recatar sus miradas, creyéndose en presencia de una niña. Aquellas miradas, que eran como relámpagos de deseo, fueron las primeras en despertar en Mariquita la inquietud sexual.

—Estos hombres me desean—pensaba—, y querrían hacerme suya, como el marqués.

Y empezó a confrontar. Como es natural, de la confrontación salía malparado su senil amante. Por la calle se encontraba hombres jóvenes y guapos, cuyas miradas agradecía, y a los cuales de buena gana les hubiera dicho:

—Si no soy una niña...

Y se hubiera ido con ellos.

Así se fué despertando en ella un deseo de liberación, primero vago, cada día más concreto.

Un hecho inesperado vino a decidir a Mariquita. Y fué que una noche de insomnio, una cálida noche en que el marqués dormía rendido por el esfuerzo de su batalla de amor, y ella no lograba conciliar el sueño, encendida su sangre en los

ardores de deseos no acabados de satisfacer, salió al patio a respirar libremente y a refrescar su epidermis con el aire de la noche. Entonces...

En un extremo del patio, en los confines del jardín, estaban las habitaciones dedicadas a la servidumbre, y por allí, en una destartalada habitación, dormía la criadita negra en una colchoneta sucia y vieja.

Más de una vez Mariquita había recorrido aquellas dependencias del palacio moro en horas de aburrimiento; pero, la verdad, los cuartos de la servidumbre, los corrales, las cuadras vacías y demás dependencias que había por allí le interesaban poco. Además, contrastaba su abandono y suciedad con el cuidado, el fasto y la limpieza del resto del palacio, lo que pudiera llamar sus dominios.

La noche era apacible y bella. Arriba, como toldo que cerraba el patio, el cielo azul, de un azul metílico y luminoso en el que brillaban las estrellas como gigantescos diamantes. No se veía la luna en el espacio de cielo cuadrangular que abarcaban los ojos de Mariquita, pero su luz caía sobre los muros blancos, haciendo destacar su blancura, y descendía hasta el patio, que se fantasmagorizaba con sus juegos de luz y sombra.

Se sentó Mariquita junto a la fuente que había en el centro del jardín. El glu-glu del agua adormeció un poco sus nervios y fué un magnífico sedante para su espíritu. Le parecía que el agua resbalaba por su epidermis. El aire, fresco y perfumado, dilataba sus pulmones y la hacía respirar con fruición.

Permanecía sentada junto a la fuente, inmóvil, blanca de luna como una estatua de mármol.

Pero de pronto, un ruido la sacó de su inmovilidad, haciéndola volver la cabeza hacia un extremo del jardín. Vió cruzar una sombra. Al pronto se llevó un susto de muerte. Y si no gritó, fué porque se quedó sin habla de momento.

Una emoción inesperada venía al fin a romper la monotonía de sus sensaciones.

Repuesta del susto pensó en avisar al marqués. Pero esta idea, que fué la primera en acudir a su mente, no le fué simpática. Precisamente acababa de apartarse de su lado en un anhelo de liberación.

No. Prefería sentir aquella emoción en toda su intensidad sola. Aquello era lo desconocido, lo imprevisto, y por malo que fuera, lo prefería a su monótono vivir.

¿Qué significaba aquello? Estaba cierta de que no había sido víctima de una alucinación. Había visto, de un modo claro y preciso, la silueta de un moro deslizarse como una sombra... ¿Hacia dónde? Juraría que hacia el cuarto donde dormía su criadita negra.

Decidió averiguarlo. Y sigilosamente, también como una sombra, se deslizó Mariquita hacia el mismo lugar.

Al acercarse al cuarto de su criadita comprendió que no tenía nada que temer. Las risas apagadas de la negrita la tranquilizaron; a ellas se mezclaban una voz y una risa de hombre.

Súbitamente se desvaneció el temor de Mariquita, que se sintió invadida por una inmensa curiosidad.

¿Qué ocurría allí dentr

El cuarto de la criadita, que quizás en otro tiempo había servido de caballeriza, no tenía puerta, o, mejor dicho: tenía una puerta sin puerta, por la que podía entrarse libremente. Ninguna luz en su interior.

Mariquita, pegada al muro, vaciló un instante antes de asomarse, temerosa de ser vista. A su oído llegaban palabras que no entendía, pero llegaba también el chasquido de los besos, que entendía perfectamente.

Se decidió, al fin. La habitación, destartalada y vacía, tenía una pequeña zona de luz, que hacía más negra la sombra del resto. Esa luz era proyectada por la luna a través de una alta ventana. Y en aquella claridad, que parecía proyectada por un reflector, sobre una mísera colchoneta se enlazaban dos cuerpos. El uno era el de su criadita negra; el otro, el de un moro joven, de carnes quemadas por el sol y al que Mariquita veía por primera vez. Los dos estaban desnudos. El cuerpo de la negrita resplandecía a la luz de la luna como si fuese de ébano bruñido. Cuando Mariquita asomó por el hueco de la puerta, el moro jugaba con los pezoncitos de su amante, lo que hacía a ésta reír nerviosamente. Y el moro reía también con tan delicioso juego.

La negrita acariciaba a su vez a su amante, que tenía un vigor y una lozanía que hubiese envidiado de seguro el marqués.

Para los dos jóvenes amantes retozar y amarse era como un juego en el cual los dos participaban por igual.

Mariquita los miró largamente con un gesto de melancolía en el cual se transparentaba la envidia. No envidia mala, sino más bien deseo de participar de aquella ingenua alegría y aquel sano placer. Nunca había sentido ella los arrebatos de entusiasmo a que se entregaba su criadita, estrechando a su amante contra su pecho y contra su vientre, y sorbiéndole la boca en un beso inacabable...

Aquello, aquello tal vez fuese el amor...

Cuando los amantes iniciaron la despedida, Mariquita se ocultó convenientemente para seguir viéndolos sin ser descubierta. ¿Por dónde entraba aquel hombre? ¡Oh, si el marqués lo supiera!... Los vió rastrear junto a la tapia y descubrió su secreto: había por aquel lado del palacio una puerta que debió servir al antiguo dueño para el paso de las caballerías, pero que ahora estaba condenada..., o por lo menos así lo creían sus habitantes actuales. Aunque se engañaban, pues aquella puerta tenía un portillo para el paso de las personas cuando estuviese cerrada, que la criadita y su amante abrieron con gran facilidad. Desde luego, no podía abrirse por la parte de fuera, pues estaba atravesado por un grueso madero que era preciso quitar para que se abriese, además de descorrer el cerrojo.

Salió el moro y la criadita volvió a cerrar, como si nada hubiese pasado, y volvió, siempre con una gran cautela, a su cuarto, para quedar dormida al poco rato sobre su colchoneta con un sueño profundo y tranquilo.

Volvió también Mariquita a su cámara suntuosa, muy impresionada por lo que acababa de descubrir. Su sueño, al revés que el de la negrita, fué agitado y nada reparador, poblado de sueños que a veces tomaban caracteres de pesadilla.

Soñó que no era su criadita, sino ella misma la que tenía un amante, y que le recibía por la noche, a escondidas del marqués, en aquella habitación que quedaba al fondo del jardín, destartalada y pobre, pero donde era más feliz que entre ricos tapices y almohadones bordados de oro. A su sueño de felicidad se mezclaba la imagen de Serralúa, que los espiaba y sorprendía. Ella y su amante corrían por el patio del palacio, por todas sus habitaciones, pero no podían salir y se veían obligados a seguir corriendo, siempre por los mismos sitios y siempre perseguidos por el marqués. Tan desesperado era aquel inútil huir, que acababan entregándose a su perseguidor, que los amenazaba con un castigo terrible...

Despertó Mariquita sobresaltada. Y su pueril reflexión, al despertar, fué, uniendo el sueño con la realidad: "Pero ¿y el portillo? ¿Por qué no huímos por el portillo?"

En otros sueños, aquel portillo por donde había visto salir al amante de la negrita jugaba un papel importante. Esto demostraba bien a las claras la fuerza casi obsesionante con que se había marcado en su espíritu aquella salida.

Al día siguiente se levantó preocupada y como si nada de lo que pasaba a su alrededor le importase. Parecía envuelta en una nube. No tenía más que una idea fija: huir.

No pensaba adónde iría ni lo que sería de ella. Pensaba sólo en la posibilidad de abandonar aquel encierro, que ya le pesaba como una cárcel; era—según el símil tantas veces usado—el pájaro encerrado en una jaula de oro que quiere la libertad... Pensaba que detrás de aquellos muros corría la vida libre, como el don más preciado a que podía aspirar... ¿Qué le importaba adónde ir? Lo que le importaba era tener la seguridad de irse.

Al entrar el amante de la criadita negra, quedaba el portillo con el cerrojo corrido y el travesaño quitado. Aquella noche Mariquita aguardó aquel momento para huir, mientras el marqués dormía y los amantes se entregaban a los dulces transportes del amor.

Abrió sigilosamente el portillo, lo volvió a dejar como estaba y se echó a la calle. De primera intención no se fijó en nada. En su anhelo de huir, corrió, corrió como si lo único que le importara fuese escapar a un enemigo invisible que la seguía. Cuando el cansancio detuvo su ímpetu, se encontró en una callejuela solitaria, toda blanca de luna y de altos muros encalados, cuya blancura se destacaba aún más bajo de la luna.

Miró hacia atrás. Nadie la seguía. La noche era de una maravillosa quietud.

Estuvo algún tiempo inmóvil, pegada a la pared, procurando aquietar los fuertes latidos de su corazón y su respiración fatigosa.

La sacó de su inmovilidad una música que empezó a sonar en el silencio infinito de la noche. Venía de lejos. Primero la escuchó como encantada, inclinando su cabeza del lado de donde la música venía, y luego, siempre como encantada, empezó a andar como atraída por el ritmo agudo, saltarín a veces, de las chirimías.

Así llegó a la puerta de un palacio moro, una casa pare-

cida en su exterior a aquella en la cual había vivido hasta entonces, pero más grande.

En el palacio debían estar de fiesta. Mariquita se acercó a su puerta, una gran puerta claveteada, cuyos clavos relucían a la luz de la luna como si fuesen de plata.

Cesó la música. Se abrió la puerta y en ella aparecieron algunas blancas chilabas y azules alquiceles. El dueño del palacio despedía a sus huéspedes.

Mariquita, en vez de echar a correr, permaneció inmóvil, contemplándolos con sus grandes ojos bellos y enigmáticos. Los moros se fijaron en ella como fascinados. Uno de ellos, vuelto al que se quedaba, y al que salían haciendo grandes reverencias y zalemas, le dijo en su lengua, ininteligible para Mariquita:

—¡Señor, hay un ángel en tu puerta!

—¡Mahoma sin duda me lo envía!—respondió el aludido, avanzando hacia la muchacha su corpachón enorme y su rostro, metido en una maraña de barbas.

La habló en su lengua, y por toda respuesta recibió la mirada de Mariquita, en la que se leía el asombro y la incomprensión. Luego, la muchacha tuvo un movimiento de reacción, como si se dispusiera a huir, pero se encontró cercada por los moros, que le dirigían frases cuyo significado ignoraba, pero que bien descubría, por el tono, las miradas y los ademanes, que eran homenajes de admiración, halago y pleitesía.

Suavemente la fueron llevando dentro del palacio. Los moros que se marchaban renovaron sus saludos de despedida, con ademanes que iban desde el cielo hasta Mariquita y con palabras que el dueño del palacio parecía agradecer profundamente.

Se marcharon. Tras ellos se cerró la puerta, y quedó dentro Mariquita, que sentíase libre del marqués, pero de nuevo prisionera en una cárcel suntuosa.

* * *

El palacio estaba bellamente iluminado, como para una fiesta. Su dueño, Mohamed Bejuna, había encendido todas sus lámparas y había hecho venir a unos músicos para la cena con que había obsequiado a dos caídes rifeños que habían ido a visitarle para tratar de graves asuntos de la guerra, y que eran los que Mariquita vió salir, acompañados de sus criados.

Al marcharse los huéspedes se habían abierto las puertas del harén, y las mujeres de Mohamed Bejuna esperaban que su señor las convocase para su placer en la gran alcoba resplandeciente de fantásticas luces, de mármoles y azulejos policromados y de tapices y cojines multicolores. Su señor acababa de participar de un suculento banquete con sus huéspedes; y ahora, con su gran barba espolvoreada de perfumes, la sangre encendida por las libaciones, y los ojos entornados por los deleitosos sopores de la digestión, fumando su pipa, querría entregarse a los placeres de la danza y la música antes de acostarse con la favorita.




Hubo un revuelo de blancas telas vaporosas alrededor de Mariquita cuando ésta entró en el palacio, protegida por el amplio gesto de Mohamed Bejuna.

Las mujeres formaban un corro de curiosidad alrededor de la recién llegada, la miraban como a un bicho raro, tocaban su vestido, sus medias de seda; hablaban todas a la vez, y daban la impresión de una bandada de pájaros que cantan al unísono.

El moro no parecía muy preocupado por saber cómo aquella preciosa criatura había llegado hasta su puerta. Le halagaba, sin duda, el pensar que su Dios le había hecho el regalo de aquel ángel, y no se molestaba en más averiguaciones.

A las preguntas de las mujeres respondía con un acento misterioso:

—Es un *djinn*... (un ángel).

Y si alguien le preguntaba:

—¿De dónde ha venido?

El respondía:

—El hombre no tiene que averiguar de dónde vienen los ángeles, sino darle gracias a Dios por habérselo enviado... ¡Bienaventurado el hombre al que Dios le concede un ángel!

Con aquellas palabras vagas, ungidas de superstición, calmaba la curiosidad de las mujeres y abría alrededor de Mariquita un círculo de misterioso respeto.

Llegaron a un salón de vastas dimensiones. Colgaba del techo una lámpara miliunanochesca, resplandeciente de pedrerías, como la lámpara de un cuento oriental. Y a su luz, potente y suave a la vez, admiró Mariquita aquella habita-

ción, donde a una sencillez admirable se unía el refinamiento del gusto oriental.

Como bordadas en las largas paredes, finas ventanas ojivales dejaban entrever el cielo, filtrándose por ellas una lechosa claridad de luna.

Una alfombra de púrpura cubría el pavimento. Los muros estaban cubiertos por regios tapices.

En un ángulo de la habitación, multitud de almohadones de seda, recamados de oro y piedras preciosas, marcaban el asiento de Mohamed Bejuna. Allí se sentó él, y allí hizo sentarse a Mariquita.

Esta pudo creer que soñaba. Tan repentinamente había pasado de una vida a otra, era tan extraño cuanto le ocurría, tan insospechado y deslumbrante era aquel escenario en el cual se encontraba...

Mohamed Bejuna dió una orden al eunuco que aguardaba junto a él, y que, después de inclinarse hasta casi tocar la alfombra con la frente, se alejó.

Al poco tiempo volvió a entrar en el salón, seguido por las músicas y las bailarinas. Con objeto de que en el harem no penetrase ningún hombre, eran mujeres las que tocaban las chirimías, los atambores y las guzlas. Estas se sentaron en semicírculo, y a poco rompieron la quietud del ambiente con una dulce música.

En otro grupo se sentaron las bayaderas, de cuerpo casi desnudo. Una de ellas, a los primeros compases de la música, se adelantó al centro del salón, frente a Mohamed Bejuna y a Mariquita, y empezó a danzar.

El eunuco encendió dos pebeteros, donde se quemaban los más exquisitos perfumes de la Arabia. Y pronto la atmósfera se hizo azulenca, como si se hubiese posado en ella una inmensa nube cargada de aromáticos vapores.

La danzarina tenía la esbeltez de las palmeras, y la carne morena y sensual. Sólo adornaba su cuerpo un portasenos de brillante pedrería, y al final de su vientre, liso y suave, como taza de plata, lucía una pequeña falda de gasas y joyas, que exaltaba la línea vibrante de sus caderas y disimulaba el triángulo afrodisíaco donde el placer tiene su centro.

Agitaba su cuerpo levemente, a compás de la música, acercándose a su señor. Sus carnes se estremecían en el ritmo leve con una lubricidad insospechada. En un momento en que la música era más viva y se animaba la danza, se adelantó otra bailarina hasta el centro de la sala, siguiendo el mismo ritmo de ondulaciones lúbricas de su compañera. Poco a poco, las dos figuras fueron acercándose, hasta quedar casi unidos sus cuerpos. Las dos figuras eran tan iguales, tan acompasados y exactos sus movimientos, que se dijera un solo cuerpo reflejado en un espejo.

Cuando parecía que la danza iba a terminar, se adelantó una nueva danzarina a poner una nota de novedad, con su cuerpo, en una danza que, bailada por las mismas figuras, hubiese resultado monótona. Hubo un momento en que parecía un cuadro de "Las tres Gracias", animado.

Del mismo modo fueron saliendo al centro todas las danzarinas. En esto residía precisamente la gracia de aquel baile, su mayor atractivo. Sobre todo, para Mohamed Bejuna, moro

refinado y experto en materia de voluptuosidad. No daba lugar al hastío: en cuanto su mirada podía cansarse de abarcar una forma de mujer, con todo su juego de líneas y movimientos excitantes, intervenía otra, hasta terminar en una participación de todas las bailarinas en la danza, en una especie de orgía de la carne, invitando unánimemente al placer.

El aroma de los cuerpos sudorosos, un fuerte olor a carne de mujer, se mezclaba al perfume de los pebeteros, dando al aire una densidad voluptuosa.

Terminó el baile, y las danzarinas, a una señal de Mohamed Bejuna, se alejaron. Las músicas dejaron de tocar, y también se marcharon.

Quedaron solos en el vasto salón Mariquita y Mohamed Bejuna.

Este había presenciado las danzas en una especie de somnolencia, con los ojos entornados, fumando su gran pipa turca. Y así continuó por algunos instantes, al quedarse a solas con Mariquita, como si su espíritu estuviese embargado por un ensueño de felicidad.

A ella, la escena que acababa de desarrollarse ante sus ojos le pareció cosa de magia, como una función de teatro representada sólo para ella. Permanecía inmóvil, como deslumbrada, y se dijera que también soñaba.

Mohamed hizo al fin un movimiento, atrayéndola hacia él.

Mariquita le miraba con extrañeza y también un poco asustada, pero no parecía dispuesta a oponerse a cuanto pudiera ocurrirle. Había huído del lado del marqués con una ansiedad de emociones nuevas, con un deseo infinito de cambiar de vida, de que le ocurriese algo que no estuviera previsto en el monótono correr de sus días

El moro Bejuna con una mano acariciaba el cuerpo de Mariquita y con la otra atendía a su pipa, lanzando grandes bocanadas de humo azul y perfumado. Parecía deleitarse en un placer puramente contemplativo, mirando a la adolescente y pronunciando palabras exaltadas, que eran sin duda versos de amor, que tan sabiamente saben componer los poetas árabes.

Entre la grande y rizada barba negra del moro se destacaba la gruesa y roja pincelada de su boca, de labios abultados y sensuales. Su tez era muy morena, y sus ojos pequeños, metidos entre los párpados cargados de grasas, miraban a Mariquita con una mirada ardorosa y acariciadora.

Su mano, grande y velluda, se insinuó bajo la falda de la muchacha, que se estremeció toda, agitada por un cosquilleo que subía por sus muslos. La enorme tripa del moro se agitó en las convulsiones de la risa, como una gigantesca vejiga golpeada contra el suelo.

Así pareció despertar del sopor en que la digestión le había tenido sumido hasta entonces.

Chupó con voluptuosidad por última vez de su pipa y la hizo a un lado. Toda su atención, todos sus movimientos, iban a ser para gustar de aquel regalo de juventud y belleza que la causualidad había llevado a la puerta de su palacio.

La sensación que experimentaba Mariquita al lado de aquel hombre era en verdad muy distinta a la que sentía

junto a Serralúa. Todo era en el moro pausada delectación en sus miradas y en sus caricias; su risa era amplia y jocunda; su boca, fresca y húmeda. En cambio, el marqués estaba seco como un sarmiento, y a su lado parecía arder como sarmiento en el fuego; había en sus caricias una agitación febril, y sus labios estaban siempre exangües, secos y resquebrajados.

En la confrontación salía ganando el moro.

Además, tenía un modo de acariciar que despertaba en Mariquita recónditas sensaciones placenteras que no había sentido nunca.

Sólo cuando el placer había humedecido los labios de la adolescente, y éstos se entreabrían, mostrando la boca rebosante de zumo como una fruta madura, Mohamed Bejuna juntó sus labios con los de ella.

Sabía bien el moro lo que va del beso del amor al beso del placer, y sabía bien que éste sólo tiene algún sentido cuando ya está encendida en la carne la llama del deseo.

Se juntaron las dos bocas húmedas. La de la muchacha cabía dentro de la del moro, y en ella quedó aprisionada largo rato. Sintió al mismo tiempo Mariquita el perfume de sus barbas y su cosquilleo por todo su rostro, por su cuello y hasta en su seno. Todo contribuía a excitarla. Sumergido su rostro fino en aquellas barbazas, era como si se hubiese metido de noche en un bosque enmarañado, y su perfume penetrante era como el vaho de la tierra, de los árboles y las flores.

En tanto las bocas estaban unidas, la mano del moro, grande, velluda y suave, acariciaba la curva apenas insinuada de la adolescente, y abría el ángulo de sus piernas, buscando el húmedo vértice.

Los gruesos labios de Mohamed Bejuna dejaron de aprisionar la boca de Mariquita para posarse en sus breves senos. Había hecho caer su vestido, y resplandecía su cuerpo desnudo sobre oscuros almohadones bordados en oro. Con su boca grande podía abarcar toda la circunferencia del breve seno, y en un largo beso lo recorría todo, hasta aprisionar sólo entre sus labios el pezoncito como un botón de rosa. En tanto, sus largas barbas abarcaban todo el vientre de la adolescente, en un delicioso cosquilleo, en una caricia múltiple, que la hacía agitar su cuerpo en un armonioso movimiento de caderas.

.....

Aquella noche, el moro Mohamed Bejuna enseñó a Mariquita lo que era el placer. El marqués no había hecho más que preparar el camino para que ella llegara a los confines de la voluptuosidad.

* * *

¡El marqués!... Había que ver su desesperación al día siguiente, por la mañana, cuando se advirtió en la casa la fuga de Mariquita. Su doble desesperación por haberla perdido y por hallarse imposibilitado para buscarla. Se encontra-

ba amordazado y atado de pies y manos en su búsqueda. Una palabra indiscreta, cualquier cosa que hiciera por encontrarla, podía descubrirle; y, aunque había pasado ya un año de la desaparición de Mariquita de Madrid, el asunto no se había olvidado del todo... En esta situación, ¿cómo dar parte a la Policía? Cuantas pesquisas hiciese habían de ser particularísimas y muy reservad:

Pensó en un momento que Mariquita podía denunciarle, pero desechó en seguida esta idea, porque la sabía convencida de que eso era cosa que a ella no le convenía, pues sería la primera en ser castigada, y, tras el castigo, habría de volver a su vida de antes, de privaciones y miserias.

Ofreció a las criadas moras y a la negrita grandes cantidades de dinero si descubrían dónde estaba, si le daban algún indicio. El mismo recorrió la población durante varios días, visitó los meretricios y los cafés-*concerts*, indagó subrepticiamente. Pero todo fué inútil. Dijérase que a Mariquita se la había tragado la tierra.

Pensó en que había sido seducida a sus espaldas, con medios aún más sutiles que los que él había empleado. Y miraba con rencor a las casas del barrio morisco, donde estaba la suya, misteriosas y herméticas, impenetrables... ¡Oh! ¡Si él hubiese sabido!...

Pero dejemos al marqués de Serralúa entregado a su desesperación y a sus inútiles pesquisas, para seguir a Mariquita por los derroteros de su nueva vida. Mariquita es como un paisaje que nos hemos propuesto recorrer, y Serralúa es la primer etapa, el primer accidente del terreno. Sigamos adelante...

* * *

Mahomed Bejuna era un moro principal, dueño de ricas tierras en la vega que rodea a Tánger. Era, además, hombre influyente entre algunos caídes rifeños, con los que realizaba excelentes negocios, sirviendo de intermediario para la compra de armas y avituallamiento de las cabilas.

Educado a la europea, sabía hablar en español y en francés, y era hombre culto y distinguido. Vivía en Tánger por ser el sitio que más convenía a su educación, a sus negocios y a su modo de vida. Allí podía disfrutar indistintamente de una existencia europea y morisca.

En cuanto a su vida íntima, se acogía a las pragmáticas de su raza. Tenía su pequeño harén. Pero generalmente no promiscuaba. Su harén estaba formado por las mujeres que iba repudiando y substituyendo. Hacía vida marital solamente con una, y cuando se cansaba de ella la substituía. Cuando la favorita dejaba de serlo porque un nuevo amor había prendido en el corazón del moro, iba a aumentar el número de las repudiadas, y podía elegir entre ser música o danzarina. De actrices pasaban a ser espectadoras. Eran las que alegraban los festines y las que poblaban la imaginación de Mohamed Bejuna de ritmos voluptuosos en las noches nupciales.

Todas vivían resignadas con su suerte, como hermanas de una misma comunidad. Se llevaban muy bien. Jugaban en-

tre ellas como niñas, y por las tardes se las veía en la azotea, lugar destinado para su recreo, saltarinas y parleras, como una bandada de blancas palomas. No tenían rencor a la favorita de turno, porque sabían que más tarde o más temprano había de seguir la misma suerte de ellas.

Mariquita vino a poner un poco de hiel en las palomas. Como repentinamente, desde su aparición, Mahomed Bejuna la había hecho su favorita, esto causó en las mujeres del harén infinita curiosidad por saber quién era y de dónde venía.

Aquella vaga respuesta que les había dado su señor de "es un *djinn*" (ángel) las hizo adoptar al principio una actitud de supersticioso respeto, pero no las satisfizo.

A una mujer de su raza la hubieran mirado como a una compañera más; pero Mariquita era una "cristiana" y, por lo tanto, una intrusa y aún más que intrusa, enemiga.

Mahomed Bejuna, después que hubo gustado de todos los encantos de la adolescente, como hombre que ponía la curiosidad sexual sobre todas las curiosidades, y daba al placer primordial importancia, empezó a preocuparse de quién era y por qué extraña circunstancia la había encontrado en su puerta. Mariquita no le ocultó la verdad; y el moro, muy regocijado de la historia y, sobre todo, del papel desairado del marqués, la recomendó que no dijese a nadie una palabra de cuanto le había contado. El no "estaba frío" y procuraría que a su lado no se aburriese. "Estar frío", para él, era haber perdido la virtud de amar plenamente, en una entrega y posesión absolutas, como le ocurría a Serralúa.

Y al moro le brillaban los ojos, y con la lengua se humedecía los labios, pensando en que, a pesar de no ser Mariquita una virgen, él era el primero en colmar su ansia de goces. Y que él sabría despertar en ella sabiamente la emoción de placeres ignorados.

* * *

Al día siguiente de su llegada quedó Mariquita incorporada al harén. Una vieja criada negra la condujo al baño, un baño muy parecido al del palacio del marqués.

En la piscina, de mármol, se entregó a las caricias tibias del agua, en la que nadaban multitud de rosas, jazmines y nardos, para salir, después de largos instantes, como una flor de carne recién abierta. Rosa viva, sonrosada y fragante.

La esclava negra la acompañó hasta una cámara, especie de tocador, donde la esperaban varias mujeres sabias en la ciencia del embellecimiento. Allí, éstas pulieron su epidermis, dándole suavidades ignoradas; hicieron resaltar el nácar de sus uñas; arreglaron, con dedos finísimos, sus largas pestañas; perfilaron sus cejas. Dieron a sus encías un matiz de coral; a sus labios, un rojo de fresa, de un encanto y una frescura irresistibles; a sus ojeras, un delicadísimo matiz morado, dentro de las cuales sus ojos adquirían una mayor expresión.

Untaron su cuerpo de ungüentos perfumados.

Una de las esclavas pasó un fino pincel de seda por sus senos, untándolos de un líquido suave y aromático, que les daba una frescura de rosa y una dureza de mármol. El roce del pincel, manejado sabiamente por la esclava, le producía un cosquilleo casi imperceptible, un deleite adormecedor y exquisito.

Otra esclava, al mismo tiempo, refrescaba sus axilas, afeitadas, con leche de almendras; y Mariquita, con los brazos abiertos, se entregaba a aquellas dulces caricias como a un éxtasis voluptuoso.

Después sintió los pinceles, como un roce de plumas, por todo su cuerpo; los sintió pasar y repasar por su vientre... Era una sensación de placer. Placer sin bruscas sacudidas, pero que la deleitaba, haciéndola entornar los ojos...

Mariquita tuvo allí la revelación de lo que significaba el "tocador" para las favoritas del harem, y cómo aquello preparaba para las noches fabulosas, de ensueños y lujurias.

Le gustaba a Mariquita aquel uso de tinturas, afeites y perfumes, que había codiciado siempre en casa del marqués, tal vez por lo mismo que no se los dejaba usar.

Cubrió la criada con un manto blanco, especie de túnica, el cuerpo pulido, resplandeciente y perfumado de la muchacha, que por sus ojos negros, anchos, grandes, podía semejarse a algunas de las mujeres del harén, pero cuya piel blanca y sonrosada la diferenciaba de todas.

Y no en vano la diferenciaba. Porque su calidad de extranjera, de intrusa, concitó sobre ella el odio de todas. Era un odio disimulado, sordo, que se vestía de sonrisas y de halagadores gestos, para no molestar al señor, cuyos designios debían ser sagrados para ellas. Y el odio se acrecentaba al ver que pasaban los días y no disminuía el interés y el entusiasmo de Mohamed Bejuna por la nueva favorita. Esperaban un momento propicio para descargarlo.

Una de las ex favoritas, ahora diestra en el manejo de los crótalos, tenía un hermano en el Rif, en una cabila cuyo caíd estaba en relación con Mohamed Bejuna. Era el encargado de llevar y traer frecuentes mensajes. Moro diestro en las artes de la guerra, en las que entraba el disimulo en un cincuenta por ciento. Siempre que iba al palacio le era permitido ver a su hermana y hablar con ella.

En los disimulados conciliábulos que armaban las moras en contra de Mariquita, designaron al hermano de la ex favorita para que les ayudara a vengarse de la cristiana. El hermano de la ex favorita se llamaba Janika.

En efecto: encontraron en éste un fiel aliado. El moro guerrero hallaba así modo de satisfacer los deseos de su hermana y las demás mujeres del harén, al mismo tiempo que satisfacía sus deseos de venganza contra la raza con la cual estaba siempre en guerra encendida y a la que pertenecía la nueva favorita cristiana. Le movía también otro interés, y era el de los dineros que le diesen por ella, pues pensaba venderla.

Convinieron en que, aprovechando una ausencia de Mohamed Bejuna, Janika raptara a la cristiana. La empresa era fácil, contando con la complicidad de todas las mu-

jeres del palacio, y no había más que esperar el momento oportuno.

Una noche, al volver Mohamed Bejuna a su casa, se encontró con que no estaba Mariquita. Misterioso suceso. Indagó entre sus demás mujeres y la servidumbre del palacio. Todo fué inútil. La favorita cristiana había desaparecido tan misteriosamente como se presentó.

Las mujeres del harén remataban su venganza burlándose de su señor, y a las preguntas de éste, respondían con un gesto ambiguo, parodiando al que él había empleado cuando ellas le preguntaron quién era y de dónde venía la cristiana.

—Era un *djinn* (ángel). Se fué como vino...

El moro aristócrata, poco amigo de complicarse la vida en materia de amor, pues creía que el destino del amor era solamente alegrar nuestra vida, no se inquietó mucho por la desaparición de Mariquita ni intentó buscarla. En su fuero interno estaba convencido de que había sido raptada y que en su casa estaban los cómplices; pero conocía bien la terquedad y la obstinación de las gentes de su raza, y sabía que era inútil pretender arrancarles la verdad.

Complacía además a su espíritu refinado el misterio en que quedaba así envuelta aquella aventura. La bella cristiana, la suave adolescente de carnes blancas, había pasado por su vida como un luminoso sueño, dejando una blanca y poética estela, como de luna reflejada en el mar.

En tanto, una nueva vida iba a dar comienzo para Mariquita.



Janika, llevándola bien sujeta sobre su caballo, atravesaba velozmente la vega que circunda Tánger y se internaba en la montaña.

Era, como todos los bereberes, un jinete magnífico. La velocidad de su carrera y la amplitud de su chilaba le permitían disimular el pequeño bulto blanco de Mariquita. Esta, que intentó resistirse en un principio, acabó sometiéndose a la voluntad del Destino, ante la brutal presión de la mano del moro, que se oponía a todos sus movimientos. Y se dejaba llevar.

El moro Janika era alto y flaco, pero membrudo y fuerte. No tenía el gesto suave ni la mirada lánguida de Mohamed Bejuna, sino todo lo contrario: su gesto era duro y la mirada fuerte y penetrante, mirada de águila.

Salieron de Tánger al anochecer y era media noche y aun galopaban. Pero desde que llegaron a la montaña, Janika sujetó la rienda de su brioso caballo y acortó el vuelo de la huída, trocándolo en un galopar ágil y tranquilo.

Recorrían un paisaje fantástico. Tal era la claridad de la luna, que bien podía decirse de la noche que era blanca. Y más aún cuando se veía reverberar su luz sobre las rocas áridas.

Todo era blanco: la luna, la montaña, los caseríos que a veces se distinguían entre las breñas... Sólo de vez en cuando la mancha oscura de un olivo o de una chumbera, que no se sabía bien si eran olivos o chumberas u hombres en acecho...

Mariquita iba sentada delante del moro, y había procurado acomodarse lo mejor posible, apoyando su espalda en el vientre de Janika, y su cabecita, en su pecho, muellemente, como en el respaldo de un cómodo sillón.

Janika parecía respirar tranquilo, con voluptuosidad, el aire de la noche. Se acercaba a su "dar" (casa), y ningún tropiezo había tenido en su huída. La idea de que empezaba bien aquel asunto de la cristiana, en la que vengaba a su hermana, y con la que pensaba realizar un buen negocio, le hacía sentirse satisfecho. Y empezó a tener pensamientos agradables. Pronto pasó a los pensamientos sensuales.

El roce del cuerpo de la muchacha contra el suyo empezó a tener un sentido placentero. Sentada delante de él, las nalgas de Mariquita quedaban aprisionadas entre las piernas del moro, y no en vano el moro es lujurioso como un can.

Descuidó las bridas, sin soltarlas; hizo marchar a su caballo al paso... Abarcó con sus manos los senos de la adolescente y de este modo estrechó más el cuerpecito de ella contra el suyo. Mariquita se movía inquieta, como significándole así al moro su protesta, protesta que el moro le agradecía con dulces palabras y caricias. Las palabras no las entendía. Pero, ¡ay!, las caricias le eran bien conocidas... Poco a poco ella también se sintió contagiada de la excitación de su raptor, y sus movimientos ya no eran de protesta, sino de placer.

Al atravesar un valle, detuvo Janika su caballo a la oscura sombra de unos castaños que se elevaban junto a un manantial.

Desmontó, cogiendo en uno de sus brazos a Mariquita.




Y sin decir palabra, la tendió sobre la hierba. Se había excitado con exceso y tenía prisa por gozar íntegramente del placer que le brindaba la ocasión; quería colmar su ardor en las entrañas de la adolescente... Ella se preparó a recibirle como un surco abierto. Y volaron, en el augusto silencio de la noche, inmensas bandadas de ayes y suspiros...

El caballo, que hundía sus fauces sedientas en el manantial, quebró el cristal del silencio con un relincho, que vibró largamente en el aire. El temblor de sus belfos, empapados en agua, hizo que ésta saltara en infinitas gotas, muchas de las cuales fueron a salpicar los muslos del moro y de la adolescente.

Ellos también bebieron en el manantial antes de montar de nuevo a caballo. Pero entonces, libre ya de la voluptuosidad, Janika espoleó a su cabalgadura, que se lanzó al galope. Y luego de trasponer una nueva montaña, llegaron a la "dar" (casa) de Janika, situada a los alrededores de un poblado, entre sementeras de trigo y algunos olivos y castaños.

Llamó a la puerta. Pronto contestó de dentro una voz de mujer.

—¿D'ketch? (¿Eres tú?)

—D'uek. (Soy yo.)

La puerta se abrió y apareció en ella una mujer. Era alta sin formas femeninas, casi hombruna. Se la adivinaba joven. No debía tener más de treinta años y, sin embargo, parecía muy gastada, como una mujer que ha perdido la juventud. Vestía pobremente, con telas gastadas y sucias, y

llevaba los pies descalzos, unos pies anchos y encallecidos.

Mariquita se sintió cogida de un brazo por la mano de aquella mujer, y su mano también era ancha y encallecida.

Era la encargada de las faenas de la casa, de sacar a pastorear el ganado y de cultivar la tierra; en tanto su marido sólo se ocupaba en guerrear.

Era un animal doméstico, una bestia de carga. El excesivo trabajo por una parte y el abandono en que la tenía Janika en punto al amor, habían ido borrando en ella toda feminidad.

Condujeron a Mariquita a una habitación alumbrada por un candil. La habitación era muy reducida, y la débil luz del candil hacía bailar las sombras por todas partes. En un rincón estaba el lecho, formado de cañas y pajas. Mariquita se dejó caer en él rendida.

A una indicación del marido, la mujer trajo pasas, un trozo de pan ennegrecido y un jarro de leche. La indicaron que comiera, si tenía apetito, y se marcharon, cerrando herméticamente la puerta.

* * *

Mariquita soñó aquella noche con horribles tormentos. Era la primera vez, después de su salida de Madrid, que sus ojos se cerraban al sueño, guardando entre sus párpados una visión desagradable. Antes de dormirse hizo mil reflexiones sobre la suerte que corría y el porqué de aquellos extraños sucesos. No atinaba con la razón de ellos. Pero, ateniéndose a la realidad, comprendía que su suerte acababa de cambiar para mal.

Sin embargo, la realidad no fué tan cruel como sus sueños, porque al día siguiente, al despertar, se encontró con la mujer de Janika, que la sonreía amable. Su marido había ido a Xauen. Sabía hablar algunas palabras de un castellano antiguo y deformado, y hablando con Mariquita parecía una niña esforzándose en hacerse entender con su media lengua.

Procuró tranquilizarla. Siguiendo las instrucciones de su marido, al que obedecía ciegamente, trataba a la cautiva con toda clase de atenciones, con objeto de que no se desmejorara, de que no se rebajase en nada su belleza, para poder exigir por ella una buena suma.

No estaba allí en calidad de esposa para substituirla, sino de esclava, para venderla. Y era preciso cuidarla como cuidaba a sus cabras.

No tenía celos de la bella adolescente cristiana, porque ignoraba lo que había pasado entre su marido y Mariquita en el camino, bajo la sombra espesa de unos castaños, y porque creía a Janika insensible a los encantos femeninos, pues hacía varios años que la había abandonado a ella por los "kouza", los afeminados.

No podía sospechar que en la noche, por sus líneas apenas insinuadas, la adolescente le había parecido a Janika un muchacho.

* * *

A los dos días volvió Janika, acompañado de un judío viejo, que cabalgaba torpemente a su lado, disfrazado de moro. Janika quería deshacerse lo antes posible de Mariquita, porque temía que Mohamed Bejuna llegara en sus pesquisas hasta su "dar". Explotarla por su cuenta en las fiestas de los poblados o en los "beit-es-shofa" también le pareció peligroso, porque un día podía ser descubierto. Por esto fué a Xauen y de allí volvía acompañado de un judío dueño de un café cantante, mezcla de casino y de prostíbulo.

A su llegada sacaron a Mariquita de la sórdida habitación en que la tenían encerrada, y la hicieron pasar a otra, más amplia y clara, donde dormían Janika y su mujer.

El judío, muy flaco, con la nariz ganchuda, la espalda encorvada y las manos afiladas, miraba a Mariquita y sonreía. Parecía satisfecho del primer examen. Luego hizo un gesto, un ademán como de quitar el vestido de la muchacha, y dijo:

—Desnuda... Desnuda...

Janika lo comprendió al instante. Se acercó resueltamente a Mariquita, y de un tirón le arrancó el blanco manto que la cubría.

La muchacha permanecía inmóvil, sin oponer resistencia, como una muñeca—una de esas grandes muñecas articuladas—, que se maneja a capricho. Y allí resplandeció su blancura, entre las carnes morenas de los moros y el judío. Janika ordenó a su mujer que se marchara, y cerró la puerta. Quedaron en la habitación los dos hombres con la adolescente.

El moro se exaltaba haciendo destacar ante el judío los encantos de la muchacha, como quien encarece el precio de una mercancía. Pero el judío, con sus ademanes untuosos y comedidos, parecía poner un dique a las palabras de Janika.

Se acercó mucho a Mariquita, para observarla bien de cerca, y le bailaban sus ojillos, pequeños y pitañosos. Tan de cerca quería mirarla, que a veces rozaba las carnes de la adolescente con su nariz, como con un gancho. Y, no contento con examinarla minuciosamente, empezó a palparla, como cuando se trata de confrontar si una fruta está madura o no. Sus dedos largos, sucios, con las uñas negras, palpaban los senos breves, los muslos... Y fué buscando la cavidad húmeda que se esconde entre ellos. Aquellos dedos cosquilleaban en la epidermis de Mariquita, que se contorsionaba, daba pequeños saltos y reía nerviosamente.

El judío arguyó que la muchacha no era virgen, como quien halla motivo de depreciación en una mercancía. Y con aquel motivo, los dos hombres se enzarzaron en una discusión, que Mariquita no entendía, pero en la cual era evidente que se discutía su precio. Janika le entregó su ropa para que se vistiera, y la hizo pasar al cubil donde la habían tenido hasta entonces encerrada, encerrándola de nuevo. La muchacha les oyó discutir todavía durante largo rato. Al fin, callaron, como si hubiesen llegado a un acuerdo.

A la hora de cenar entró en su encierro la mujer de Janika, con el candil encendido y con la cena, compuesta de frutas secas, queso, pan y vino.

Más tarde, ya entrada la noche, volvieron a abrir su puer-




ta; pero entonces apareció en ella Janika, ordenándola que saliera. Le hizo saber que iba a ser llevada a la ciudad, y que si oponía resistencia la llevarían atada y amordazada.

Mariquita hizo un gesto, como significando que le tenía muy sin cuidado lo que hicieran con ella, y que todo le daba igual. En realidad, lo único que le importaba era que la sacasen de aquel cubil, donde se aburría mortalmente.

En la puerta del "dar" estaban los caballos de Janika y del judío. La noche era oscura, sin luna, y esto les favorecía para salir del poblado sin ser vistos.

Una vez a caballo los dos hombres, la mujer de Janika ayudó a Mariquita a subir al de su marido, acomodándola en la parte delantera, en la misma forma que la trajo.

En el camino sin camino, por la montaña abrupta y los foscos valles, desde el "dxora" hasta Xauen, ocurrió un pintoresco suceso, digno de relatarse.

El lento galopar, ajustando sus muslos, no sólo a la montura del caballo, sino también a la suave grupa de la adolescente, volvió a encender en la imaginación del moro lúbricas imágenes. El cuerpo cálido de la muchacha se ajustaba al suyo blandamente, como correspondiendo a la caricia. Janika, que gustaba de los muchachos, podía creer que tenia sobre sus rodillas a un "kouza" en el "beit-es-shofa".

El judío no tardó en darse cuenta, y empezó a vigilar a su compañero, mirándole de reojo. Bajo el turbante, se dibujaba en su cara un gesto de preocupación y de protesta.

Cuando le pareció oportuno a Janika, sin hacer ningún caso del judío, detuvo su cabalgadura y extendió en el suelo

a Mariquita. El judío entonces, poco ágil para saltar del caballo, se levantó sobre la montura y empezó a dar grandes gritos. Quería impedir el ayuntamiento amoroso de la pareja, alegando que la muchacha le pertenecía, y que quien quisiera gozarla tendría que darle buenos dineros.

Describiendo en el aire grandes garabatos con los brazos, exclamaba:

—¡Isa! ¡Isa! ¡Eso no estar en cuenta! ¡Tú pagar, o tú estar un sinvergüenza!... ¡La mochacha es mía! ¡Yo te la he pagado en buena moneda soldada! ¡Eso no estar en cuenta! ¡Mi dinero! ¡Mi dinero!...

Y como se acercase con su caballo y estuviese a punto de meter las patas del bruto entre la pareja, Janika cogió su fusil y le dió con su culata un fuerte golpe en las ancas, en tanto insultaba al judío:

—¡Ua! ¡Ua! ¡Rugmel! (Piojoso.)

El caballo dió un brinco, y por poco da con el judío en el suelo. Echó a correr, con el jinete agarrado a las crines, y era la cosa más grotesca ver la figura que hacía el judío, convertido en garrapata por el miedo, pidiendo socorro y lloriqueando.

Alejado aquel fantasma, el moro volvió a juntar su piel áspera y seca con la piel suave y fresca de la adolescente.

.....

* * *

El resto de la jornada lo hizo el judío cabizbajo y resignado, hasta que llegaron a Xauen. Amanecía cuando descubrieron la ciudad blanca, tan silenciosa y tan bella que parecía encantada, entre los altos picos del Kala y del Maggó.

Franquearon la puerta de la ciudad amurallada, y empezaron a andar por calles empinadas y estrechas. Mariquita parecía extasiada con el espectáculo de la ciudad; aunque encontraba en las casas un gran parecido con las del barrio de la morería de Tánger, gustaba en todo un encanto de novedad, por el carácter tan extraordinariamente morisco de la población, con la frecuencia de sus mezquitas, con sus altivos minaretes, las callejuelas laberínticas y empinadas, la ausencia de ningún detalle europeo.

Antes de llegar al "mellah", el barrio hebreo, se detuvieron frente a una casa como las demás, que no dejaba traslucir fuera de sus muros lo que era por dentro. El judío llamó a su puerta, y al mismo tiempo exclamó con voz aguda:

—¡Abráis, que istoi yo!

Al instante abrió una mujer gruesa, que parecía hinchada, sebácea:

—¡Xed bien venido, siñor!

Le ayudó a descabalgar. Entre los dos cogieron a Mariquita, y la hicieron entrar en la casa. Entraron también el caballo.

El judío se marchó sin despedirse de Janika, pues se creía estafado por lo que éste había hecho con la muchacha.

El moro no le hizo caso. Allí terminaba el trato, en el que había entrado el dejar a Mariquita en la puerta de la casa del judío. Volvió grupas a su brioso caballo, y empezó a desandar el camino lentamente.

Amanecía. Se detuvo en una fuente, para hacer sus abluciones, y luego se encaminó a una mezquita, en cuya puerta rezó y dió gracias a Alah todopoderoso por haberle sacado con bien de aquella empresa, demostrando así su protección al creyente...

* * *

Una vez cerrada la puerta, Mariquita se encontró en una callejuela empedrada, a cuyo final se veía un gran patio con árboles. La mujer que les había abierto conducía hasta aquel patio la cabalgadura del judío. En tanto, éste llevaba a Mariquita, con muchas zalemas, hasta la habitación que le tenían destinada.

Atravesaron un primer cuerpo de edificio, con la puerta, que daba junto al callejón de la entrada, cerrada. En la parte de atrás bajaba hasta el patio una escalera de piedra, que conducía al primer piso. Por esa escalera hizo subir el judío a la muchacha, y la instaló en una habitación amplia, bien decorada, a la manera como decoran los moros principales las alcobas de su harén.

Aquel escenario era familiar a Mariquita. Había, sin embargo, en la habitación cierto desorden y una mezcla de abigarrados colores en tapices y almohadones, que le daba un carácter de mala imitación. El lecho, en vez de estar metido en la pared, estaba en el suelo, y lo constituía una colchoneta bastante castigada por el uso.

La adolescente miró a su alrededor, y exclamó para sí:

—Otra vez en la jaula...

El judío, acompañando sus palabras con una sonrisa meliflua y con untuosos ademanes, decía a Mariquita que aquella habitación, la mejor de la casa, era para ella; que allí estaría mejor que quisiera, y que sería tratada con toda clase de consideraciones.

Mariquita se había apresurado a echarse en la colchoneta, porque estaba muy cansada, y miraba al judío como a un pájaro raro, como a un enorme mochuelo pintado de blanco. Le entendía a medias, porque el judío hablaba un español rarísimo, un castellano arcaico, conservado de padres a hijos desde que fueron expulsados de España.

Como a Mariquita se le cerraran los ojos, el judío la invitó a que durmiera tranquila, y salió cautelosamente de la habitación, cerrando la puerta.

Bajó el judío la escalerilla de piedra, y se metió en una habitación trasera de la planta baja, que daba al patio. Allí, en una especie de cuadra, se albergaba con su familia. Le esperaba su mujer, de pie. Los demás, hijos y parientes, dormían, hacinados en el suelo.

Lo primero que hizo fué quitarse la chilaba y el turbante con un gesto de alivio, como si se desprendiese de algo pecaminoso. Y se vistió un ropón negro, o que había sido negro, una especie de sotana, llena de zurcidos y manchas. Cubrió su cabeza, pelada y puntiaguda, con un bonetillo negro, que hacía juego con el ropón.

Preguntó a su mujer cómo habían ido las cosas en su

ausencia, y la mujer le respondió en forma satisfactoria. Y, acurrucados en un rincón del patio, a la luz del alba, se pusieron a contar monedas de plata.

* * *

El judío Sofovich, que así se llamaba este judío de nuestra historia, percibía pingües ganancias con su negocio, establecido a raíz de la toma de Xauen por las tropas españolas. Con sus pupilas, agudas y vivaces, de ave de rapiña, vió en seguida el negocio que podía ser un rincón de solaz y esparcimiento para las tropas conquistadoras.

Tres habitaciones tenía la planta baja: en la primera, a la que daba la puerta de entrada, estaba el bar, con su mostrador y sus mesitas, en el que se tomaba café turco, espeso como barro y aromático de azahar; se bebían toda clase de licores, que el judío compraba en Tetuán; se fumaba opio y exquisitos tabacos turcos.

De esta habitación se pasaba a otra más grande, o que parecía más grande porque estaba vacía. Un ancho banco, pegado a las paredes, y que apenas levantaba una cuarta del suelo, circundaba la habitación. El banco circular estaba forrado de telas de colorines. Como único mobiliario había allí un gramófono. Era la habitación donde se exhibían las mujeres de la casa y donde se bailaba a la música siempre igual de dos únicos discos gastados.

La otra habitación de la planta baja hacía las veces de alcoba, y el cuidado de su puerta estaba a cargo de la mujer de Sofovich.

En el piso alto había otras tres habitaciones: en una, la mejor de la casa, es donde el judío albergaba a la mujer de la cual esperaba sacar excepcionales rendimientos, y donde acababa de dejar a Mariquita; en otra dormían las demás mujeres, y la tercera hacía de comedor.

La familia del judío, los dueños, administradores y cuidadores del negocio, eran los que vivían peor. Formaban como un mundo aparte. Hacían todos vida común; comían y dormían en una grande y destartalada pieza que había en el patio, y que en tiempos, en que aquello fué un palacio moro, debió servir de caballeriza.

Sofovich encontraba algunas dificultades en surtir de mujeres su público harén. Las moras no hacían caso a sus palabras de captación y a sus ofertas de regalos y dineros, temerosas de excitar la cólera de los hombres de su raza.

Apenas tenía una, que había caído milagrosamente bajo sus largas uñas: era una mujer acusada de adulterio, lo que constituye para los moros un delito gravísimo, que cuando iba a ser lapidada y descuartizada—castigo que se infringe comúnmente a las adúlteras—consiguió escapar. Sofovich tuvo la habilidad de abrir a tiempo la puerta de su casa para que en ella se refugiara. Nadie la vió entrar, y allí vivía, sometida al judío, que sacaba un partido excelente a su protección.

Tenía, además, en su meretricio dos negritas y tres judías,

Aparte de éstas, solían ir de vez en cuando a su casa, arrastradas por la codicia, las mujeres y las hijas de algunos paisanos de Sofovich, a satisfacer algún capricho de los visitantes de la exótica mancebía.

Pero éstos eran casos excepcionales, que requerían laboriosas negociaciones, y que le dejaban una exigua ganancia, pues tenía que vérselas con gentes de su raza.

La habitación que había designado a Mariquita era la que usaba para casos excepcionales, como lujoso escaparate reservado a la más fina mercancía.

* * *

Cuando despertó Mariquita se encontró con que el judío estaba sentado al borde de su colchoneta y la contemplaba extasiado, muy satisfecho de su adquisición. La muchacha se restregó los ojos, extrañada de ver a su lado aquella mancha oscura. No tardó en reconocer, bajo su auténtico indumento, al judío.

—Ya te despiertas, mochacha; ya te despiertas...

No podía mirar a Sofovich sin sonreírse. Le hacían gracia su nariz, y sus ademanes, y sus palabras.

Tenía una gran curiosidad por saber lo que iba a sucederle, lo que sería de ella en aquella casa. Comprendía que una nueva vida, tal un sendero desconocido, se abría ante ella.

No podía precisar el tiempo que había transcurrido desde su salida de Madrid, pues había vivido desde entonces como fuera del tiempo. No hacía más de dos años, pero ella veía el día que tomó el tren en la estación del Mediodía con doña Sara muy lejano, muy lejano...

Había habido algo de vértigo en su salto de niña a mujer, y ella misma se veía otra criatura totalmente distinta.

—Aquí vendrán siñores amigos míos que quererte mocho, porque tú estar moi linda...

El judío iba descubriendo a Mariquita, con alambicadas frases, cuál iba a ser su destino de allí en adelante.

—Esos amigos, ¿serán moros?

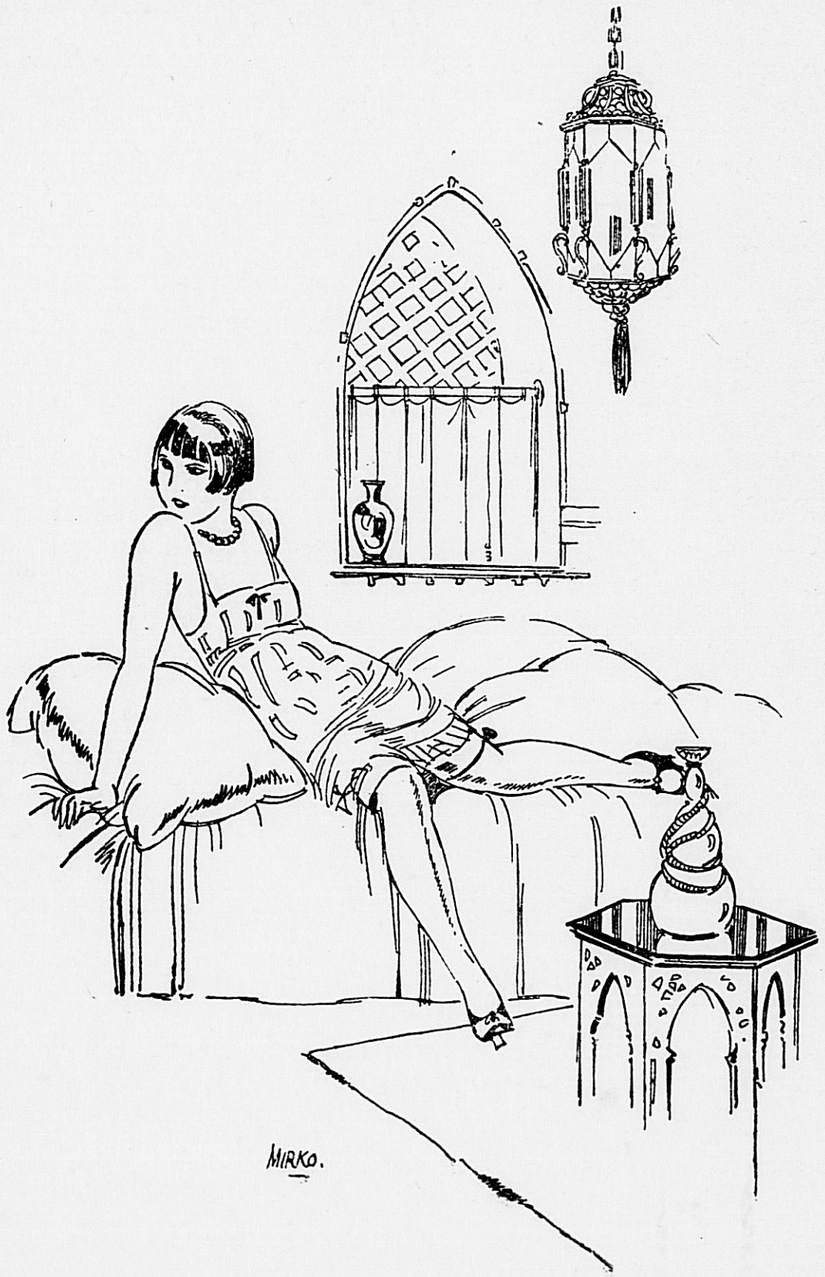
—No, no. Ser espanioles, espanioles... Yo no querer nada con moros...

Aquella contestación del judío satisfizo a la muchacha, que, en verdad, estaba ya harta de moros. Los entendía mal, y le hacían el efecto de blancos fantasmas que la tenían prisionera. La idea que tenía Mariquita de los fantasmas era la de un hombre envuelto en una sábana. Contribuía a darles un carácter fantasmagórico el andar en babuchas y su eterno aire de misterio. Eran como figuras de otro mundo, con las que no acababa de entenderse.

Las mujeres del harén, con ser todas de más edad que Mariquita, le parecían a ella más niñas, y tampoco con ellas había logrado entenderse.

Deseaba, pues, entrar en otro mundo, en el que la gente tuviese más afinidad con ella; por eso, al decirle el judío que iba allí a conocer gentes de España, sintió una íntima alegría, como si se libertara.

No conocía ella los azares de la guerra ni sabía en vir-




tud de qué circunstancias pudiera haber españoles en aquel pueblo moro, hasta cuyo nombre ignoraba; sabía únicamente, por boca del judío, que los había, y esto le bastaba para soñar con imprevistas y nuevas aventuras.

Porque, eso sí, de ningún modo le traía el nombre de España, su patria, la idea de volver a su vida pasada. Eso, ¡nunca! Deseaba seguir adelante, con una gran apetencia de emociones nuevas, despertada por la cantidad de emociones que sucesivamente habían agitado su alma desde la salida de Madrid.

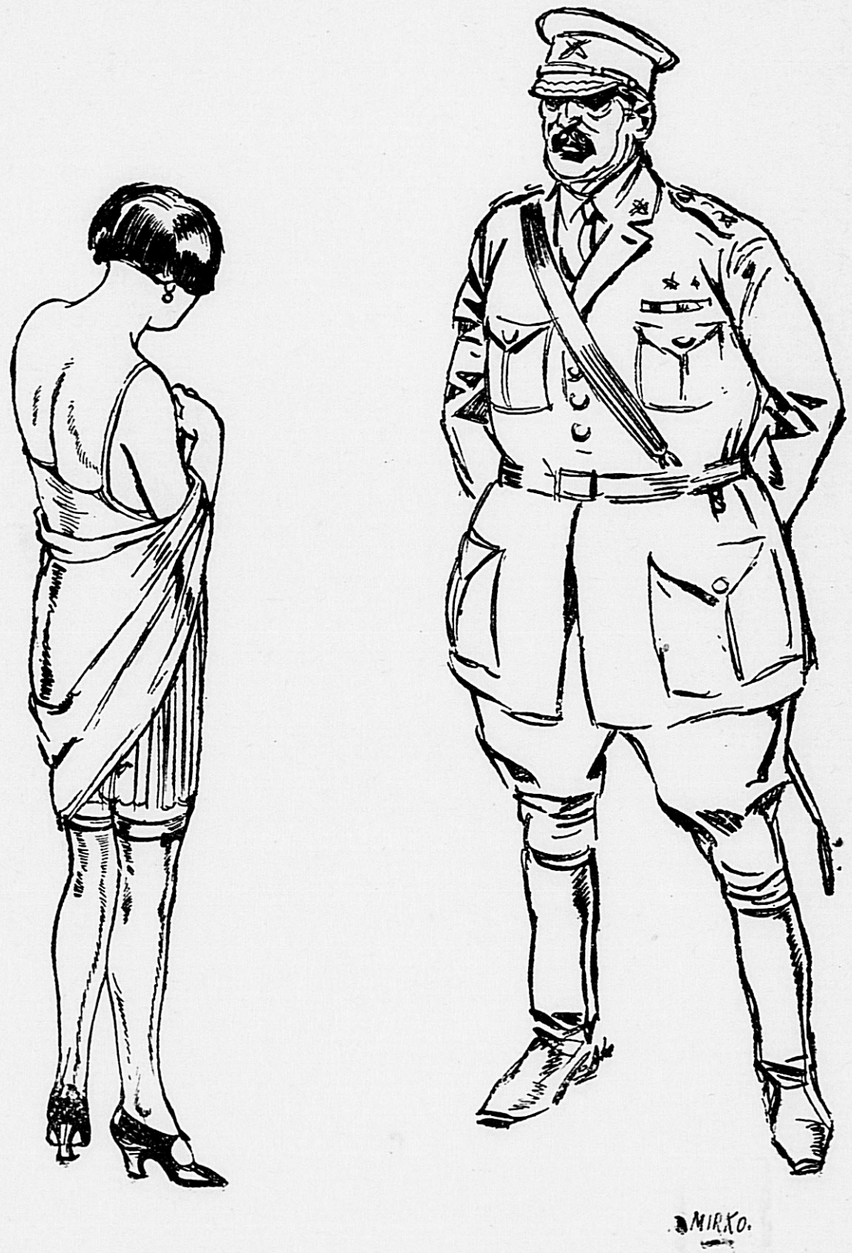
En su plena floración de mujer se iba despertando del todo su personalidad. Y la nota más patente y mejor definida de su personalidad era su facilidad para romper con el pasado, su no volver los ojos hacia atrás, en espera de que el día de mañana fuese siempre distinto al de ayer. Eran todas las manifestaciones de un carácter soñador y ardiente.

Se preparaba para recibir a la emoción nueva. a lo desconocido.

* * *

Es de noche. Una gran lámpara, còn vidrios de colores, alumbra la habitación de Mariquita. Esta, sentada en su colchoneta, espera...

Se oye un incesante ir y venir por los corredores de la casa. Del piso bajo llegan rumores de conversaciones, risas, gritos, y la musiquilla del gramófono, una musiquilla de dis-




co viejo y rayado, horrible, pero que despierta en el alma de Mariquita un enjambre de recuerdos, de cuando ella empezó a dar los primeros pasos de baile, allá en Madrid, en su calle, abrazada a otra niña como ella, que entonces no tendría más de seis a ocho años.

Todos los ruidos que llegaban hasta ella tenían una singular resonancia, contrastando con el silencio de la noche y de la ciudad.

Fumaba. Junto a la colchoneta se veía una gran pipa turca. Mariquita se había acostumbrado a fumar en el harén de Mohamed Bejuna, para distraer sus largos ocios.

De pronto se abrió la puerta. Un hombre alto y grueso, vestido de uniforme, apareció en ella. Le precedía el judío Sofovich, haciendo grandes genuflexiones, como un pajarraco que entreabre sus negras alas y picotea en el suelo.

—Pasa, siñor. Verás que judío es buen amigo de os españioles. Estar agradecido de que nos han librado de os moros... Pasa, siñor... Mochacha linda... Sólo para ti, que saber pagar lo que vale...

El militar avanzaba, sin hacer caso de las palabras del judío, rezadas como una letanía. Avanzaba como atraído por el imán de los ojos de Mariquita, que brillaban en la penumbra, como los ojos de un gato.

NUMEROS PUBLICADOS

Se remiten los números que a continuación se mencionan, previo envío de su importe a esta Administración, Alcalá, 177, en sellos de Correos españoles o Giro postal.

NUMEROS PUBLICADOS

1.—*EL PRODIGIOSO EXPERIMENTO DEL DOCTOR BEAUCHAMP, por Anselmo Castalla.* (Agotado.)
2.—*LA ESCUELA DE LOS AMANTES, por Valentín de Pedro.*
3.—*LAS VOLUPTUOSIDADES DE CELIA, por Alberto Martínez Thomas.*
4.—*LA COMBINACION ROSA, por Julio Cortis.*
5.—*CON CUATRO JACAS CASTAÑAS..., por Juan G. Olmedilla.*
6.—*LA MODA PARISIEN, por Valentín de la Villa.*
7.—*MEMORIAS DE UNA LIBERTINA, por Guillermina Devrient.*
8.—*EL JARDINERO MUDO, LAS OCHO HERMANAS Y LA MADRE, por Juan G. Olmedilla.*
9.—*EN LA PENDIENTE, por Diego Collado.*
10.—*LA MORFINA, por Victoriano de Saussay.*
11.—*TODO... A TRAVES DE LA REJA, por Tomás Ortiz.*
12.—*AMERICAN FILM, por Ricardo Gómez de Osiel.*
13.—*UNA «GUAYABITO» A LO PENAGOS, por José Ortega de Ayala..*
14.—*HAY QUE ESTAR SIEMPRE ENCIMA, por Jesús Franco.*
15.—*UNA INSACIABLE, por Heinrich Wagner.*
16.—*UNA NIÑA DESAPARECIDA, por Eduardo Corbín.*

Se remiten los números aquí mencionados, previo envío de su importe (60 céntimos ejemplar) a esta Administración, Alcalá, 177, en sellos de correos españoles o Giro postal.

*Conserve cuidadosamente todos los volúmenes de esta colección y llegará a reunir una valiosa biblioteca*

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL


IN · VENERE ·
SEMPER · DVLCIS
EST · DEMENTIA ·
LOY
GORRY